

EL TERNERO Y EL EUCALIPTO

(Reflexión para padres exasperados por la confrontación adolescente.)

por Héctor de Ezcurra¹

El ternero se rascaba fuertemente la cabeza contra el tronco de un eucalipto. Frotaba justamente la parte de su cabeza donde despuntaban sus astas. Ya había elegido el mismo tronco varias veces, siempre el mismo, por lo que éste tenía unos cuantos rayones, cicatrices que dejaban en evidencia, la insistente preferencia.

De nada le hubiese valido al castigado árbol, tener pies en vez de raíces y correrse unos metros. O unos kilómetros. Hasta allá lo hubiera seguido el insistente joven bovino, para seguir tratando de calmar la picazón, el dolor, o lo que fuera que tenía en su cabeza.

La imaginaria escena ayuda a entender una incómoda función que tenemos los padres de adolescentes, que de buena gana querríamos ahorrarnos: **ofrecer una superficie resistente contra la cual –desde el púber hasta el universitario– puedan confrontar.**

Junto a los aspectos agradables de esta etapa de vida, que celebramos y nos llenan de satisfacción, cuando los vemos tan grandes, por momentos tan maduros, a veces desplegando tanta energía, desarrollando tantas capacidades nuevas y sorprendentes, hay otros momentos en que se dan situaciones no son motivo de felicidad alguna.

No conozco padre o madre que, frente al embate continuo de alguno de nuestros “terneros”, hartos de la provocación interminable, no hayamos perdido la paciencia más de una vez, cansados de esta –desde nuestro punto de vista– injusta, irritante e inexplicable actitud.

Pero esta condena (que por suerte nunca es de por vida), pronto veremos que no es tan injusta ni inexplicable, aunque pocas veces deja de ser irritante, (incluso a veces exasperante).

Resulta que nuestros adolescentes tienen en esa etapa una misión que es vital (en el sentido más específico de la palabra, es decir que está en juego su vida en ello): **terminar de construirse una identidad propia.** Y es justo que así lo hagan. Sólo pueden saber quienes son luego de, sabiendo quienes somos los otros, elegir lo suyo y marcar la diferencia. Pero para marcar esa diferencia, para discriminarse (para decir, “*esto es una cosa (yo) y aquello es otra (él)*”) necesitan dejar al descubierto el juego de los adultos, para poder luego decidir el suyo propio. Sino, ¿de qué otra manera elegir, sabiendo qué es propio?

El proceso no es muy distinto de lo que vino pasando toda la niñez. Desde los primeros momentos, la vitalidad del bebé lo impulsa a dirigir su fuerza muscular *contra* algo. Es así como muerde incluso aquello que le gusta (o aún más, justamente porque le gusta). Desde el pecho que lo alimenta, la cucharita con que le dan su papilla, el dedo de la madre palpando sus nuevos dientitos, y hasta su juguete preferido. Y no sólo “*porque le están saliendo los dientes*”.

Un sabio psicoanalista inglés² nos mostró de qué manera, quien va terminando su lactancia, logra de esta manera aprehender la realidad. Sin poder nunca chocar contra ella, viviría su relación con la realidad como con algo neblinoso, sin poder prepararse para más adelante plantar su pie firmemente sobre la tierra, y quedaría permanentemente encerrado, perdido en una relación brumosa con el mundo que lo rodea y consigo mismo, sin haber fundado las bases para poder sentirse vivo, *siendo él mismo plenamente.* No nos cuesta, frente a este tierno y pequeño lactante, sobrevivir a su inocente agresión. **Pero no nos será tan fácil casi dos décadas más tarde.** Será por eso que había alguien que decía: “*Cuando los hijos son bebidos, te dan ganas de comértelos a besos... pero cuando son adolescentes, ¡te arrepentís de no habértelos comido!*”.

¹ Médico, Especialista en Psicología Médica, Especialista en Psiquiatría, Psicoterapeuta.

² El ya citado en otros artículos D. W. Winnicott.

Así es como nos vemos, padres cuarentones o cincuentones, sintiéndonos como el desdichado eucalipto aquel a quien exasperantemente vuelven a restregar una y otra vez.

Nos ayudará a comprender, darnos cuenta que en ese corpachón de adulto, está aún presente aquel bebé mordiendo el dedo. Que necesitó morder para saber quien es. Al morder, descubrió que él *no es* el dedo, ni tampoco es esa madre que dice "*¡Ay, no!: ¡Duele!*". Pero suyos eran los dientes, y la boca, y la capacidad de morder y de disfrutar provocando una acción contra algo "de afuera" (de sí mismo), algo de esa realidad externa que, muy gradualmente, se le empezó a desvelar. Pero tan gradual fue esta expedición a la realidad, que casi veinte años más tarde, aún le sigue siendo necesario descubrir donde empieza lo ajeno, y cómo es, y hasta donde llega lo propio y cómo quiere que sea, ahora que es más protagonista que nunca de los cambios que pueden hacerse sobre aquellas partes de la realidad que se pueden modificar y sobre las que se puede actuar, (a diferencia de aquellas otras que hay que aceptar como vienen).

Y si ahora, con todo esto, podemos entender la justicia de la situación, y puede dejar de resultarnos inexplicable, (lo que nos hace un poco más digerible el asunto), aún nos será difícil resignarnos a que **no hay forma de evitar su carácter irritante**. Mal que nos pese, tenemos que hacernos cargo de que inevitablemente tiene que ser así, y ni soñar con rehuir la confrontación, lo que sólo empeoraría las cosas. De la misma forma que molesta el llanto en mitad de la noche de un bebé de dos meses o el mal olor de los pañales de un chiquito de un año y medio, después de un descanso de unos años, la adolescencia de nuestros hijos no vuelve a traer nuevas incomodidades, cuando ya estábamos acostumbrados a una relación fácil y sin sobresaltos enfadosos. Si intentamos evitar esta irritación, será necesario que el joven atormentador busque otra forma de plantear una confrontación suficientemente efectiva. No tenemos salida: **estamos en el baile y habrá que bailar**, sobreviviendo con la mayor tranquilidad posible, (que no es igual a la indiferencia, ni al silencio imperturbable, ni al estoicismo forzado, que tampoco sirven).

Por, si le resulta de consuelo, no le pasa sólo a Ud. Es cierto que a cada uno lo afecta en distinto grado, pero son pocos los padres que escapan a ser emocionalmente zarandeados por las turbulencias de la vida emocional de sus hijos adolescentes. Desconfiaría si alguno me dice lo contrario, preocupándome de que en realidad la explicación a esta paz sea que ese padre se mantiene a una excesiva distancia emocional, a salvo de las incomodidades en la relación con su hijo. O que el hijo está detenido en su desarrollo, o haciendo un desarrollo falso, viviendo una pseudovida adaptada, signada por el sometimiento y la inautenticidad.

Estando suficientemente cerca (tampoco tanto como para estar sobreidentificados, inundados de angustia, culpa, o furia), les es difícil a los padres escaparle a la irritación, al salirse de las casillas de vez en cuando, a la inseguridad y ansiedad ante los cuestionamientos y a la culpa consecutiva a la propia reacción excesivamente agresiva.

Quizás sea útil recordar que nuestros valores, ideales, ambiciones y convicciones más íntimas y más propias, los aspectos más vulnerables de nuestra vida psicológica, se relaciona con esa parte de la personalidad que tiene que ver con nuestra autoimagen, nuestra imagen ante los demás, nuestra autovaloración y nuestra autoestima, en definitiva nuestro amor propio (con sus aspectos más sanos, más maduros y con sus aspectos más infantiles e inmaduros).

Los agudos cuestionamientos de nuestros hijos, tocan esos puntos vulnerables donde no toleramos que nadie nos hurgue. Nuestros terneros, encuentran en nuestro tronco siempre algún nudo o alguna grieta desguarnecida, algún talón de Aquiles donde dar el puntazo: "*Yo voy a ser poeta, o quizás toque la armónica*", "*¿Por qué tiene que estar mal el aborto?*", "*¿Quién dijo que hay que estudiar?*", "*Al final, tus cigarrillos hacen peor que la marihuana*", "*¿Por qué no tengo que afanar?*", "*¿Y qué si me hago gay?*", "*¿Cómo me demostrás que Dios existe?*".

De acuerdo a los defectos, límites e inseguridades de cada uno, reaccionaremos más o menos incómodos, con más o con menos paciencia y comprensión. Cuanto más en juego se ponga nuestro amor propio con las críticas o con el señalamiento de nuestras inevitables contradicciones, más irritante nos resultará la situación y peores serán nuestras respuestas.

Cuanto más exagerado nuestro amor propio, más se sentirá herido nuestro orgullo y más intolerantes serán nuestras reacciones. No sólo en ellos persisten resabios infantiles: en algún lugar de este exagerado amor propio está la dificultad para aceptar la alteridad del otro, es decir, la aceptación de que los demás tienen la cualidad de ser otros, con su propia autonomía, separados y distintos de mí. Esto que viene aprendiéndose gradualmente desde la infancia, sin embargo, por momentos no terminamos de incorporarlo, lo que nos impide, en mayor o menor medida, ver a los demás **verdaderamente como a otros**. Y especialmente pasa con respecto a nuestros hijos, quienes, en cierta forma, por momentos llegamos a pensar que *son nuestros*, verdaderas prolongaciones de nosotros mismos. Al fin y al cabo nacen de nosotros, con nuestro apellido, con nuestros rasgos, les damos alimentación, cuidados y los educamos en lo mejor que creemos y sabemos. Nos malacostumbramos a que son *casi* como anexos nuestros. Pero resulta que, si es que no nos despabilamos antes, en la adolescencia nos harán saber, con toda claridad, (a los gritos, si es necesario), que son distintos de nosotros, que son otros. Y harán uso y abuso de su derecho a ejercer su libertad, a elegir y a ser como ellos quieran ser, apropiándose de lo que les guste de lo nuestro y rechazando lo que no. Y esa autonomía en, algún punto oscuro nuestro, lesiona los residuos de omnipotencia que nos quedan de nuestra infancia, lo que nos duele, a veces un poco, a veces mucho y a veces nos llega a desesperar.

Cuanta mayor sea la rigidez de nuestros rasgos de personalidad, mayor la incomodidad ante estas nuevas situaciones. También como el eucalipto, que cuanto más flexible es su tronco, menor es su tendencia a quebrarse con el viento, así también la flexibilidad y maleabilidad de nuestra personalidad –nuestra “cintura” emocional– nos evita el quiebre brusco de nuestra seguridad y serenidad, que dan lugar a la reacción destemplada o al intento de imponerle al otro nuestras ideas o sentimientos, omnipotentemente, “*si no es por las buenas, por las malas*”. Si estuviéramos tan seguros de lo que es verdadero, nos podríamos mantener serenos, aún frente al cuestionamiento más incisivo.

Así es como antes, las cosas, en general, circulaban dentro de los carriles que nosotros habíamos tendido; pero de ahora en más, estos futuros adultos tenderán los suyos propios, que pueden ser paralelos a los nuestros, más o menos divergentes, o incluso a veces dispuestos para circular en el sentido exactamente opuesto.

Habiendo dicho todo esto, cabe aclarar que la confrontación tampoco tiene por qué ser sangrienta, ni este periodo necesita ser una epopeya bélica en la vida de nuestra familia. Hay adolescencias que transcurren entre tormentas y otras que lo hacen en una llamativa placidez. Y aunque las de la casa de uno fueran de las primeras, tenemos la esperanza de que si todo va bien, más tarde o más temprano, en un tiempo que tampoco puede ser *tan* largo, llegaremos a una etapa más descansada y pacífica en la relación con nuestros hijos, que para aquel momento ya estarán convertidos en jóvenes adultos. Hasta ese momento, por lo menos tendrá que haberse hecho presente algún grado de confrontación y su consiguiente irritación, señal de que todo este proceso se fue dando. Proceso que debió darse para que ese niño pueda llegar a ser un adulto con una identidad propia, una personalidad cohesiva, madura, sólida, integrada, que experimente habitualmente su vida cotidiana como plenificante, creativa, emocionalmente equilibrada, sintiéndose lo suficientemente fuerte para enfrentar sus exigencias y llevar adelante sus proyectos personales, al tiempo que lleva una vida emocional libre y gratificante, en relación con otros.

Héctor de Ezcurra - Abril de 2003